

## CAPÍTULO V

### Las bodas de Cristo y de la Iglesia.

Bodas de Cristo con su Iglesia, fuente de la gracia matrimonial presentada por el Apóstol como tipo de las uniones cristianas.—1.º Cómo estas bodas han sido preparadas.—Amor eterno del Verbo.—Elección de los elementos de su Iglesia.—Los desposorios en el seno de una virgen.—Los primeros grupos que escoje.—Vocación al matrimonio.—Llega la hora.—2.º Cómo se han celebrado aquellas bodas.—El calvario y la cruz, templo y altar, en el cual Cristo y la Iglesia cambian sus juramentos, y en el cual nace la humanidad cristiana.—Cómo Dios bendice las bodas de Cristo y de su Iglesia; perpetua presencia del esposo cerca de la esposa.—Protección y asistencia continua.—La Iglesia gloriosa, siempre joven y santa.—Lo que ella da á su divino Esposo en cambio de su amor.—Grandeza de este misterio.—Invocación á Cristo en favor de los esposos cristianos.

**H**ASTA aquí, nos hemos ocupado en describir los efectos de la gracia en el matrimonio cristiano. Vamos ahora á la fuente de esta gracia, y contemplaremos en las bodas misteriosas de Cristo y de la Iglesia, el tipo de las santas uniones que celebran los hijos de la redención.

El Apóstol San Pablo, acomodando el matrimonio á su ejemplar divino, nos ha dicho: *Este matrimonio es grande y grande en Cristo y en su Iglesia.* En la época en que hablaba así, hacía muchos años que había sido tratada y consumada la unión de Cristo con su Iglesia: y las primeras generaciones cristianas pudieron admirar su extraordinaria fecundidad. Para nosotros, esta fecundidad es aún más admirable. El número inmenso de los hijos que

ha producido, es una de las características bellezas de la esposa del Salvador; porque—¡oh, cosa prodigiosa, que no se encuentra de ningún modo en las familias humanas!—los hijos de la Iglesia se incorporan á su madre, la esposa de Cristo tan amada y por la cual se sacrificó.

¡Cuán sublime y conmovedor misterio es, la amorosa y fecunda unión del Salvador y de su Iglesia!; y por esto San Pablo al ofrecerla como tipo de la unión conyugal, nos excita á meditar sobre ella. Sin él la doctrina del matrimonio es incompleta;—el concilio de Trento dice: «La gracia que perfecciona el amor natural, fortalece el lazo conyugal y santifica los esposos; la debemos á Cristo; ha brotado de la Pasión, misterio de dolor y de amor, por el cual se consuman las inefables bodas del hijo de Dios y de su Iglesia (1).»

Estas bodas habían sido preparadas de mucho tiempo: llegada la hora, fueron celebradas en medio del sufrimiento y de la sangre, y Dios las bendijo, como jamás ha sido bendecida unión alguna entre los hijos de los hombres.

### § I

#### PREPARACIÓN DE LAS BODAS DE CRISTO Y DE LA IGLESIA.

Entre todas las causas que preparan y determinan la unión conyugal, el amor es la más natural, la más universal, la más honrada y la más poderosa. Se la encuentra, dice Santo Tomás, hasta en los seres más inferiores, bajo la forma de una inclinación fatal, de un instinto, de un apetito (2). En el corazón del hombre es una pasión noble, que la razón ilumina y dirige, y que se fija con un acto libre, con un acto de preferencia y de elección, al objeto que la despierta de su letargo. Ojalá que en este acto haya absoluto desinterés; que el amor humano no tenga otro fin que poner en práctica esta hermosa definición: *Amar es querer el bien de aquel á quien se ama;* pero esto es imposible, desde el momento en que se trata de una naturaleza imperfecta como la nuestra. Cuando el hombre busca y se prepara un enlace, no se olvida de sí mismo: motivos de un orden inferior rebajan y á veces desfloran su amor; si no lo mezcla con groseras consideraciones de interés ó de apetito carnal, al menos quiere satisfacer la nece-

sidad de fijar su existencia, de asegurarse el beneficio y las ventajas de una sociedad íntima, que en cierto modo funde su sér con otro sér, en los mismos pensamientos, las mismas aspiraciones, los mismos deseos y el mismo destino.

Nada de esto hay en el maravilloso amor que prepara y determina las bodas de Cristo con su Iglesia. *Cristo*, dice el Apóstol, *ha amado á aquella con quien quería casar: en su amor todo es desinterés y puro afecto*. Verbo de Dios, disfruta eternamente en el seno de su Padre de una beatitud infinita: no puede dejar de ser quien es, y no gozar de la dicha de que disfruta: recibe infinitamente y da infinitamente; su unión con el Padre que le engendra, y el Espíritu Santo que le produce con su Padre, es entre todas las sociedades, la más íntima y la más inefablemente dichosa que se puede concebir. Por esto puede decirse con el Salmista:—*¡Oh, Dios, tú no necesitas de mis bienes!* (3) ¿Qué vendrás á buscar, Señor, en nuestra miserable tierra? En ella no hay sinó el bien que tú mismo le has dado; una gota, una pequeña gota del bien del cual tú mismo eres la fuente inmensa é inagotable: ¿qué hermosura podrá seducirte en este triste mundo, tú que eres la misma hermosura, perpetuamente arrobada por los encantos infinitos de las divinas personas, de las cuales tú eres á la vez la imagen sustancial y el principio? Amanos, Señor, con el paternal amor que el Creador debe á su criatura, y reserva tu amor de unión, para los divinos consortes de tu perfección y de tu gloria.

¡Y cuánto ha amado Cristo á su Iglesia! Si no fuera ofender á su inteligencia infinita, podría decirse, que ha pensado eternamente en la esposa que quería por pura bondad, asociar á su adorable persona y á su divina fecundidad. Antes que el mundo, en el que ella debía manifestarse, hubiese salido de las sombras de la nada, Él la veía y la amaba. Podía decirle:—Yo te amo con un amor eterno, y te he atraído misericordiosamente hacia mí (4).

Comienza el mundo, y con él los preparativos divinos. En el plan de Dios, todo está subordinado á la gloria de Cristo y de su Iglesia: el paraíso de delicias es una débil imagen del cielo, en el cual la esposa debe ser beatificada por los siglos de los siglos, con los abrazos de su esposo. La indisoluble unión del primer hombre y de la primera mujer en una sola carne, representa su unión. ¡Con qué cuidado el Verbo preparador recoge los elemen-

tos vivos, con los cuales el día de sus bodas formará ese hermoso cuerpo místico, del cual quiere ser la cabeza: *cuerpo coligado y unido por toda coyuntura, por donde se le suministra el alimento, obrando á proporción de cada miembro, toma aumento el cuerpo para edificarse en él en caridad* (5)! Este hermoso cuerpo es la Iglesia, que se halla en germen en las familias benditas de Seth, Noé, Abraham y los Patriarcas: apartada del centro corrompido del gentilismo, este germen se convierte en un pueblo que tras diversos vaivenes llega á través de los siglos hasta esta época solemne que el Apóstol llama la plenitud de los tiempos. Los tiempos están llenos de errores, de crímenes, de deseos, de promesas, de figuras, de oráculos, de prodigios y de catástrofes; todo tiene por resultado la dominación universal de un pueblo que cederá á la Iglesia su poder transformado y al mismo tiempo á la concentración de todos los elementos preparados desde tan lejos en una maravilla de pureza y de gracia; una virgen cuyo gran corazón reuniendo en sus deseos todos los deseos de los verdaderos israelitas, llama al divino esposo.

Vedle ahí! Ya llega! El Verbo desciende en el paraíso viviente que ha santificado el Espíritu de Dios, en el seno de una virgen; allí ha celebrado sus desposorios, por medio de la inefable unión de su divina naturaleza con la nuestra; es no sólo el Verbo, cuya gloria hubiera causado miedo á toda criatura invitada por Él á celebrar la alianza íntima que prepara; es Cristo, acercándose á su humilde y tímida prometida; tomando á su presencia un aire familiar, hace público el compromiso secreto que ha contraído de desposarse, y va á preparar sus misteriosas bodas.

La Iglesia no es sino una pareja virginal, que adora en el fondo de una sombría gruta, al divino Esposo tendido sobre la paja de una cuna; esta pareja es como el germen sublime, lenta y largamente elaborado por las preparaciones de la ley antigua. A su alrededor vienen pronto á agruparse almas sencillas y candorosas, sabios y reyes, piadosos ancianos llamados por los ángeles, los astros y el Espíritu de Dios que asisten á la fiesta de los desposorios: fiesta triste y encantadora á un tiempo, seguida de treinta años de silencio y recogimiento.

Pero por fin llega la época de las bodas, y Cristo sale de su retiro de Nazareth. A su entrada en la vida pública, es saludado por un profeta que une en su persona los tiempos antiguos y los

tiempos nuevos, y á quien el mismo llama, el más grande de los hijos de los hombres. Juan Bautista, revela al mundo su origen divino y el objeto de su misión. Cristo existía antes que él; es el Cordero de Dios que debe borrar los pecados del mundo, pero también es el Esposo que tiene la Esposa: mas el amigo del esposo que está con Él y le oye, se llena de gozo con la voz del Esposo. Así, pues, este mi gozo es cumplido. Así se expresa el Precursor.

Esta alegría de las divinas bodas que se preparan, Cristo la difunde en todos los corazones de aquellos á quienes enseña con sus discursos y con sus parábolas.—Él es el hijo del rey de los reyes; el Padre celestial convida á sus bodas al género humano, y para asistir á su festín y acercarse á él, es necesario vestirse con la ropa nupcial.—No debe entristecerse ni llorar mientras se esté allí, porque siempre se partirá temprano (7).

Cristo es el esposo, y su humilde prometida va creciendo cerca de Él; la prodiga su palabra y sus beneficios: los pobres que evangeliza, los enfermos que cura, los poseídos de cuyos cuerpos arroja al espíritu satánico, los muertos que resucita, los pecadores que convierte, los apóstoles y los discípulos á quienes confía su misión, son la Iglesia. Muy poca cosa es, en frente de la humanidad, en la cual la fuerza ha creado imperios inmensos, la sabiduría humana ha fundado ilustres escuelas, y la superstición y el fanatismo han conducido las almas á falsas religiones. Todo Cristo lo ve, pero, ¿qué importa? es su Iglesia. Él la conforta contra todas las bajezas y su propia debilidad, con estas tiernas palabras: *No temáis, pequeña grey, porque á vuestro Padre plugo daros el reino* (8). Es su Iglesia: en tres años, Él la ha enseñado los divinos secretos que deben ponerla en comunicación con su Espíritu; la ha enseñado á amar divinamente, la ha dado su regla de vida, la ha amaestrado en los deberes de su maternidad espiritual y la he revelado el misterio de sus destinos. Vedla ahí dispuesta á tenderle la mano; es ya el tiempo de su unión.

¿No es verdad que Cristo, ruega á su Padre con esta última y conmovedora oración, en la cual desahoga su alma?—*Padre, dice, ha llegado la hora: glorificad á vuestro hijo, para que yo pueda glorificaros. Guardé á los que me diste y no pereció ninguno de ellos; mas ahora voy á tí y hablo esto en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Mas no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de*

*ellos. Yo les he dado la gloria que tú me diste: para que sean una cosa como también nosotros somos una cosa. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en una cosa y que conozca el mundo que Tú nos has enviado, y que nos has amado como también me amaste á mí. Padre, quiero que aquellos que Tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado antes del establecimiento del mundo. Y les hice conocer tu nombre y se lo haré conocer: para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos* (9).

¿Puede el padre del Salvador resistir á esta oración? No. El Padre no resiste, antes bien quiere consentir en la unión pedida por su hijo: pero vamos á ver á qué precio.—¡Ha llegado la hora! Asistamos, pues, á las sangrientas bodas de Cristo y su Iglesia.

## § II

### BODAS SANGRIENTAS DE CRISTO.

Era costumbre en el antiguo Oriente, que el hombre comprase por medio de regalos á la mujer que deseaba desposar, creyendo así apropiársela aún más, y creyendo poderla amar mejor si la veía adornada con sus dones. El viejo Eliezer en nombre de sus amos Abraham é Isaac, ofreció á Rebeca y á su familia, corderos, brazaletes, vasos de oro y plata, vestidos y otras cosas preciosas, para obtener la mano de la joven virgen que había ido á buscar lejos del país de Canaán; y cuando la presentó á sus amos, Isaac viéndola adornada con las joyas que le había enviado, la amó con tanta ternura, que consoló en su corazón el vivo dolor que le había causado la muerte de su madre (10). Jacob, empobrecido en el destierro, pagó con sus trabajos y sus servicios á la bella Raquel, hija de su tío Labán, y en la inmensidad de su amor, le parecieron días los catorce años de sus penas (11).

Cristo, hijo de Abraham, de Isaac y de Jacob según la carne, quiso conformarse con la costumbre de sus antepasados; y toda vez que era pobre de los bienes de este mundo, puesto que Él no tenía que ofrecer sino su santa humanidad, para probar su amor, la dió y se entregó á sí mismo: *Christus dilexit Ecclesiam, et tradidit se ipsum pro ea*. Y se entregó, no sólo para tener

su Iglesia, para poseerla como el esposo posee á la esposa, sino para hacerla digna del gran honor de estar unida á un Dios: *Para santificarla, para presentársela á sí mismo como Iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancilla* (12).

¿Y cuándo se verificó esta amorosa tradición de Cristo á su Iglesia? En el instante mismo en que entró en el mundo, con el misterio de la Encarnación (13). Entonces dijo á su Padre: *Vedme ahí, haced de mí todo lo que queráis* (13). Desde su más tierna juventud se entrega por entero al servicio de su Padre; los años que pasa en silencio y en el recogimiento, no los consagra á contemplaciones egoístas, propias únicamente para recrear su alma santa; medita en la soledad de Nazareth la gran empresa que debe realizar; y cuando llega la hora de mostrarse públicamente, predica la doctrina de su Padre, practica las obras de su Padre, trabaja en establecer la voluntad de su Padre; en todo, en fin, cumple la voluntad de su Padre. *Es su pan de cada día* (14), como dice Él mismo. Ningún dueño ha tenido jamás siervo más celoso, más abnegado y más sumiso: *Tradidit semetipsum*.

¡Oh, Dios justo! Cuando este servidor que es vuestro hijo, os pide en recompensa de estos servicios la esposa á quien ama y que se ha preparado, ¿no es hora de otorgársela? Parece que vais á responder enseguida á la oración que os dirige, con un milagro parecido al del Tabor (15). *Padre, le dice, glorificad á vuestro hijo!* Sí, glorificadle: dadle sus vestidos de boda á este divino desposado; un vestido más blanco que la nieve, un cingulo de luz, una corona de astros brillantes; transfigurad su adorable rostro y que sea más resplandeciente que el sol; cubrid con una nube luminosa, semejante á un manto de gloria, á la joven Iglesia que le espera: convidad á esta fiesta no sólo á Moisés y á Elías, sino á todos los coros angélicos, á todas las almas de los justos, que se durmieron con la esperanza de este divino himeneo. Descended vos mismo, más hermoso que sobre el Sinaí, más bello que en el trono en que se sentaba el Anciano de los tiempos, adivinado por los Profetas; acercaos y decid: *He ahí á mi hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias* (16). Yo te doy, yo te entrego esta Iglesia á quien amas y á quien quieres santificar: cambiad vuestros juramentos de amor y de fidelidad y quedad unidos por los siglos de los siglos.

Pero, no; no es así como deben celebrarse las bodas de Cristo. Quiere comprar á su esposa por el precio de su sangre y de su muerte: así lo ha decretado la Justicia de Dios. El pecado, ofensa hecha á una majestad infinita, no puede ser expiado sino con el sacrificio de una vida divina. Tan sólo á la hora de este sacrificio, la Iglesia santificada será digna de unirse al Hombre-Dios y recibirá en su seno la inagotable y fecunda virtud, que debe convertirla en la más gloriosa de las esposas y de las madres. No, Salvador del mundo; vuestra unión con una pobre pecadora no debe celebrarse en la gloria del Tabor: vuestras bodas serán bodas sangrientas, y vos apareceréis con la conmovedora hermosura de la victima: preparaos para esta fiesta triste y misericordiosa: *¡la hora ha llegado!*

Es la hora del poder de las tinieblas (17). La justicia divina las ha encargado de preparar los adornos del desposado. Este hombre, prosternado en tierra en el fondo de una gruta oscura, cubierto de un sudor de sangre y pidiendo gracia por su vida agonizante; este preso, cuyas manos han sido encadenadas, y á quien la tumultuosa cohorte de los soldados de la Sinagoga lleva del jardín de Gethsemaní al palacio del Pontífice; este acusado, á quien se trata de confundir con testigos falsos, á quien se insulta y maltrata antes que sea dictada la sentencia; este condenado, á quien se azota y se entrega á los insultos de los soldados; este rey ridículo cubierto con un viejo manto de púrpura, coronado de una diadema de espinas que le atraviesan la cabeza, llevando en la mano un cetro burlesco, un trozo de caña, conducido como un fenómeno curioso á la corte de un rey escéptico que le trata como un loco, renuncia á vencer con la dignidad de su persona y la sabiduría de sus respuestas, á aquel desdichado Herodes, es deshonrado por el pueblo, que da la preferencia á un criminal y que grita con todas sus fuerzas en el mismo pretorio, ¡quítale! ¡crucifícale! He ahí al hombre. *¡Ecce homo!* Este es el hijo de Dios, el Cristo entregado á las santas cóleras de su padre por su amor á la Iglesia, su desposada.

¡A las bodas! ¡á las bodas! Tomad vuestra cruz, divino prometido; llevadla sobre vuestras espaldas ensangrentadas por los azotes; atravesad tambaleando, á efecto de los golpes de los soldados, la ciudad ingrata que ha preferido á Barrabás, y subid la colina del Calvario. Habéis llegado ya; la cima del Gólgota es el templo de